

891.7

5.

PG3367

.85

C86



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PRIMERA PARTE



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEX.

I

FEDOR MIKHAILOVITCH SMOKOVNIKOFF, Presidente de la Cámara de los Dominios, hombre cuya honorabilidad estaba exenta de toda sospecha—lo cual tenía él a orgullo,—era liberal muy austero, y además de ser también librepensador, odiaba toda manifestación religiosa, porque en la religión, sólo vestigios de superstición hallaba.

Fedor Mikhailovitch Smokovnikoff regresó muy malhumorado de su despacho: el gobernador de la provincia habíale remitido un papel harto incoherente, que, en cierto modo, podría significar que él, Fedor Mikhailovitch, no había procedido con mucha honradez.

Irritadísimo, escribió inmediatamente una respuesta muy enérgica y venenosa.

Fedor Mikhailovitch creía que todo andaba al revés en su casa. Eran las cinco menos diez; suponía que iban a servirle la cena al instante; pero ésta no se hallaba aún preparada. Dando portazos tras sí, trasladóse a su cuarto. Alguno llamó. —«¿Quién demonios será?»

—¿Quién es?—gritó.

Entró en la habitación su hijo, mozo de quince años, alumno de quinto curso del liceo.

—¿Qué se te ofrece?

—Hoy es día primero...

—¿Qué?... ¿Dinero?..

Estaba convenido que el día primero de cada mes, el padre daría al hijo tres rublos, para gastos personales.

Frunció Fedor Mikhailovitch las cejas, sacó la cartera y cogió de ella un cupón de 2 rublos 50; luego, echando mano al portamonedas, retiró de éste 50 kopecks en calderilla.

El muchacho callaba y no cogía el dinero.

—Padre... concédeme un anticipo... por favor...

—¿Cómo?

—No te lo pediría... pero me han prestado dinero bajo palabra de honor... y lo he prometido... Como hombre hon-

rado, no puedo... Necesitaría tres rublos más... Te aseguro que no volveré a pedirte nada... No pediré más... pero dámelos, padre, te lo suplico...

—Te he dicho...

—Es la primera vez, padre...

—¡Se te dan tres rublos mensuales y no te basta!... A tu edad, no recibía yo siquiera cincuenta kopecks.

—A todos mis compañeros les pasan ahora mucho más. A Petroff y a Ivanitzky les asignan cincuenta rublos.

—Pues yo te digo que si continuas de ese modo, acabarás siendo un pillo... Te he dicho...

—¡Te he dicho! ¡te he dicho!... Nunca se pone usted en mi lugar... De manera que he de portarme como un cobarde... Muy suyo es esto...

—¡Vete, bribón! ¡Vete!... ¡Merecerías ser azotado!

Fedor Mikhailovitch saltó y se precipitó contra su hijo.

Éste se asustó y tornóse malo. Pero la maldad sobrepujó al espanto, y, con la cabeza baja, el muchacho franqueó rápidamente la puerta. No quiso Fedor Mikhailovitch pegarle; pero estaba satisfecho de su cólera, y durante largo rato siguió profiriendo insultos contra él.

Cuando la doncella fué a anunciar a Fedor Mikhailovitch que la cena estaba en la mesa, levantóse éste, diciendo:

—¡Ya era hora! ¡Se me ha pasado el estómago!

Y, frunciendo el ceño, se fué a cenar.

En la mesa, dirigióle su esposa la palabra; pero él contestó tan poco amablemente y en forma tan breve, que aquella calló. El hijo también callaba, sin apartar del plato la vista. Comieron en silencio; levantáronse en silencio de la mesa, y en silencio también, se separaron.

Después de cenar, el estudiante volvió a su cuarto, sacó del bolsillo el cupón y la calderilla y lo echó todo por la mesa. Luego, quitóse el uniforme y se vistió de americana; cogió una gramática latina muy usada, cerró la puerta con pestillo, guardó el dinero en el cajón, del cual sacó boquillas para cigarrillos, llenó una, la tapó con algodón y empezó a fumar. Estuvo dos horas ante la gramática y los apuntes, sin comprender nada de lo que leía; levántose luego y comenzó a pasear por el cuarto, recordando la escena que acababa de efectuarse entre él y su padre.

Acordábase de los insultos de éste y sobre todo de su mala cara, cual si oyera aquellos y viera al padre ante sí. «¡Bribón!... ¡Merecerías ser azotado!...» Y cuanto más recordaba, tanto más crecía en él la ira contra su padre. Acordábase de la expresión con que

el padre le había dicho: «¡Veo que no serás más que un pillito!... ¡Ya lo sabía!...»

«Siendo así, seré probablemente un pillito... Él ha olvidado que también fué joven... ¿Qué crimen es el mío?... He ido al teatro... No tenía dinero... Lo pedí prestado a Petia Grouchetzky... ¿Qué mal hay en ello?... Otro se hubiera apiadado, hubiera preguntado... y éste no hace sino insultar y no pensar más que en sí... Eso es... Cuando le falta algo, alborota toda la casa... Y yo he de ser un pillito... No; aunque sea mi padre, no le quiero... No sé si todos son iguales; pero yo no le quiero...»

Llamó la criada a la puerta. Traía una carta a la cual esperaban contestación. Estaba redactada en esta forma:

«Por tercera vez te pido que me devuelvas los seis rublos que te he prestado; pero tú te haces el desentendido. No proceden así las gentes honradas. Te ruego que me los envíes inmediatamente por el portador de estas líneas. ¿Tanto te cuesta encontrarlos?»

»Tu amigo que te estima o te desprecia, según le pagues o no le pagues,

»GROUCHETZKY.»

«¡Vaya!... ¡Qué indecente!... No puede esperar... Intentaré otra vez.»

Mitia fué a ver a su madre. Era

su última esperanza. La madre era buena y no sabía negar nada; por esto, en cualquier otro momento le hubiera ayudado; pero aquel día estaba muy preocupada con la enfermedad de Petia, su hijo menor, de dos años de edad. Regañó a Mitia por haber entrado éste bruscamente, produciendo ruido; y se negó en redondo. El mozo balbució unas palabras entre dientes, y se fué. Mas la madre compadeció al hijo y le llamó.

—Espera, Mitia — le dijo. — Hoy no tengo, pero mañana tendré.

Mitia continuaba furioso contra su padre.

—¿Por qué mañana, si hoy es cuando los necesito? Sepa usted, pues, que iré a casa de un compañero.

Salió dando un portazo. «No queda otra cosa que hacer... Él me dirá en donde puedo empeñar el reloj,» pensó palpando el reloj en el bolsillo.

Mitia cogió de sobre la mesa el cupón y la calderilla, púsose el abrigo y marchó a casa de Makhine.

II.

Era Makhine un estudiante bigotudo. Jugaba a los naipes, conocía mujeres y nunca le faltaba dinero. Vivía en casa

de una tía suya. Mitia sabía que Makhine era mal sujeto; pero cuando estaba con él, sufría involuntariamente su influencia.

Makhine se hallaba en casa, preparándose para ir al teatro. Su cuarto estaba impregnado de olor a jabón perfumado y a agua de Colonia.

—Eso es lo último — dijo Makhine, cuando Mitia, contándole su infortunio, le enseñó el cupón y los cincuenta kopecks y le confesó que necesitaba nueve rublos más.

—Claro está que puede empeñarse el reloj; pero aun hay algo mejor — dijo Makhine, guiñando el ojo.

—¿Cómo mejor?

—Muy sencillamente. — Makhine cogió el cupón. — Poner un 1 delante de los 2'50, y así resultarán 12'50.

—¿Pero existen acaso tales cupones?

—¡Ya lo creo! ¿Y los cupones anexos a los billetes de mil rublos? Una vez pasé uno de ellos.

—¡No puede ser!

— Bueno. Veamos. ¿Lo hago? — preguntó Makhine, cogiendo una pluma y desarrugando el cupón con los dedos de la mano izquierda.

—Pero eso no está bien...

—¡Qué ocurrencia!

«Y, en efecto...», pensó Mitia. Y recordaba de nuevo los denuestos de su

padre: «Pillo.» «¡Pues bien, seré un pillo!»

Miró el rostro de Makhine, que sonreía tranquilamente.

—¿Qué? ¿Estás conforme?

—Anda...

Makhine trazó cuidadosamente la cifra 1.

—Ahora, vamos a una tienda... Mira, allá, en la esquina... Artículos para fotografía... Casualmente necesito un marco, para esta persona...

Cogió el retrato de una muchacha de ojos grandes, cabellera abundante y espléndido busto.

—¿Qué te parece esta belleza, eh?

—Muy bien... Pero ¿cómo?...

—Muy fácilmente, ya verás... Vámonos.

Vistióse Makhine, y salieron juntos.

III

Sonó el timbre de la puerta de entrada de la tienda de objetos para fotografía. Los estudiantes penetraron y recorrieron con la mirada el desierto almacén, con estantes llenos de accesorios para fotografía y escaparates en el mostrador. La puerta de la trastienda dió paso

a una mujer nada bella, de rostro amable, que fué a colocarse tras del mostrador y les preguntó lo que deseaban.

—Un marco bonito.

—¿De qué precio?—preguntó la señora, deslizando rápida y mañosamente los objetos entre sus manos calzadas con mitones hasta arriba de las hinchadas articulaciones de los dedos.—Tenemos marcos de diferentes clases... Éstos son a cincuenta kopeks; estos otros, más caros... Éste es muy lindo... muy nuevo... vale 1 rublo 20.

—Bueno, deme éste. Pero ya podría usted dejarlo en un rublo.

—En esta casa no se regatea—respondió dignamente la señora.

—¡Bueno!—dijo Makhine, colocando sobre una vitrina el cupón.—Deme el marco y el cambio... Pero pronto... Tenemos llegar tarde al teatro...

—Aun tienen ustedes tiempo—contestó la señora; y con sus ojos de miope, empezó a examinar el cupón.

—Estará muy bien en este marco—dijo Makhine a Mitia.

—¿No tienen ustedes suelto?—preguntó la tendera.

—Por desgracia, no... El padre ha dado esto... y hay que cambiarlo...

—¿Pero no tienen 1 rublo y 20 kopecks?

—No poseemos más que 50 kopecks

suelos... ¿Qué? ¿Teme usted que sea falso el cupón?

—No... no...

—De ser así, dímelo... Lo cambiaremos en otro sitio.

—¿Le tengo que devolver?... Sí, eso es, once rublos y pico.

Contó en un ábaco, abrió el cajón del mostrador, sacó 10 rublos en papel, buscó luego en la calderilla y cogió seis monedas de 20 kopecks y dos de 5.

—Haga el favor de envolver el marco, —dijo Makhine, cogiendo el dinero sin apresuramiento.

—Al momento.

La tendera hizo un paquete y lo ató. Mitia no pudo respirar hasta que volvió a sonar tras ellos el timbre de la puerta de entrada y que estuvieron en la calle.

—¡Vaya! Aquí tienes 10 rublos; déjame el resto; ya te lo devolveré...

Makhine se encaminó al teatro, y Mitia fué a casa de Grouchetzki y le devolvió su dinero.

IV

Una hora, después de pasar ambos estudiantes por la tienda, regresó el dueño de ésta y comenzó a verificar la caja.

—¡Vaya una tonta de remate! ¡Valiente necia!—exclamó, dirigiéndose a su mujer, cuando vió el cupón, cuya falsedad notó al instante.—¿Por qué tomas cupones?

—¡Pero si tú mismo los has aceptado delante de mí, Eugenio, y, casualmente, cupones de 12 rublos!—dijo la mujer, confusa, apenada y pronta a llorar.—Yo misma ignoro cómo han podido engañarme, esos estudiantes—añadió.—Un guapo mozo... que parecía tan correcto...

—Eres una verdadera estúpida—dijo el marido, contando la caja y siguiendo en su enfado.—Cuando yo tomo un cupón, veo y sé lo que en él hay escrito... Y tú, a pesar de lo vieja que eres, sólo has examinado la cara del estudiante...

La mujer no pudo tragar ese insulto. Enfadóse a su vez.

—¡Eres un desvergonzado! Clamas contra los demás, y en cambio pierdes 54 rublos a las cartas, y eso no te parece mal...

—Eso es otra cosa.

—No quiero discutir contigo—declaró la mujer, y corrió a su cuarto.

Recordó que su familia habíase opuesto a su boda, considerando que el pretendiente era de condición inferior en mucho a la suya, y que ella sola insistió en casarse con él... Acordóse de su hijo muerto, de la indiferencia del marido

ante esa pérdida; y sintió tal odio hacia su esposo, que pensó: «¡Cómo me con- vendría que muriese!» Mas al punto hor- rorizóse de ese sentimiento y se apre- suró a vestirse y a salir.

Al volver su marido a las habitacio- nes, ya no estaba ella. Sin esperarlo, habíase vestido y marchado sola a casa de un profesor conocido que les había invitado a pasar la noche.

V

En casa del profesor de francés, que era polaco ruso, se daba un gran té con pastas, y habían instalado algunas me- sitas para jugar al *whist*.

La mujer del tendero de artículos para fotografía sentóse a una mesa de juego con el dueño de la casa, con un oficial y una anciana sorda, que llevaba peluca, la cual anciana era viuda de un comerciante de música y se moría por los naipes, a los que jugaba muy bien. La mujer del tendero tenía una suerte loca: acusó dos veces el *gran chelem*; junto a ella, había un plato de uvas y peras; estaba contentísima.

—¿Y por qué no viene Eugenio Mikhai- lovitch?—preguntó desde la otra mesa,

la dueña de la casa.—Le inscribiremos luego.

—Probablemente estará ocupado en sus cuentas—respondió la mujer de Eu- genio Mikhailovitch.—Hoy paga a los proveedores y la leña.

Y, recordando la discusión con su marido, frunció las cejas, y sus enmito- nadas manos temblaron de rabia con- tra él.

—¡Ah! En mentando al ruin de Roma...—dijo el amo de la casa de Eu- genio Mikhailovitch, que entraba.— ¿Cómo viene usted tan tarde?

—Varios asuntos...—contestó Eugenio Mikhailovich con voz alegre y frotán- dose las manos. Y, con asombro de su mujer acercóse a ella y le dijo:—Ya he pasado el cupón...

—¡No es posible!

—Sí. Al campesino... por la leña...

Y, con gran indignación, Eugenio Mi- khailovitch explicó a todos cómo dos es- tudiantes habían robado vergonzosa- mente a su mujer. Ésta completaba los detalles del relato.

—¡Bueno! ¡Ahora, manos a la obra!— dijo Eugenio, sentándose a la mesa al llegarle el turno, y abatiendo las cartas.

VI

En efecto, Eugenio Mikhailovitch había pasado el cupón al pagar la leña al campesino Ivan Mironoff.

Ivan Mironoff se ganaba la vida revendiendo leña que compraba por cargas en un depósito. Dividía la carga en cinco partes y arreglábale para venderlas por la calle como cinco cuartos, al precio que costaba el cuarto en el depósito.

Aquel día, desgraciado para Ivan Mironoff, éste transportó muy de mañana medio cuarto, que no tardó en vender; volvió luego a cargar otro medio, confiando en venderlo igualmente; pero en vano buscó comprador: nadie quería la leña. Daba con ciudadanos avispados, sabedores de la acostumbrada trampa de los campesinos que pretenden haber traído del campo la leña que venden. Tenía hambre; su abrigo de piel de cordero raída no le abrigaba. A la caída de la tarde, llegó el frío a 20 grados. La jaca, a la que maltrataba sin compasión, pues pensaba venderla al descuartizador, paróse de pronto. Así es que Ivan Mironoff estaba decidido a vender la

leña, aunque fuera con pérdida, cuando halló en su camino a Eugenio Mikhailovitch, que había salido para comprar tabaco y volvía a casa.

—Compre usted, caballero... Vendo barato... Mi caballo no puede más...

—Pero ¿de dónde vienes?

—Del campo... Es leña mía... Leña buena y seca...

—Sí, lo de siempre... En fin, ¿cuánto quieres?

Ivan Mironoff indicó el precio; luego empezó a rebajar, acabando por dejarla al precio de coste.

—Se la dejo, por ser para usted... y porque no hay que llevarla muy lejos—dijo.

Eugenio Mikhailovitch, gozoso con la idea de pasar el cupón, no había regateado mucho.

Con gran trabajo, empujando él mismo el trineo, llevó Ivan Mironoff la leña al patio y empezó a descargarla bajo el cobertizo. No estaba el portero.

Al principio, Ivan Mironoff titubeó para tomar el cupón. Pero Eugenio Mikhailovitch habló de manera tan convincente y parecía un señor tan importante, que al fin consintió aquél en aceptarlo. Entró Ivan en la cocina por la escalera de servicio, se santiguó, dejó deshélarse los copos adheridos a su barba, y, arremangándose la blusa,

sacó de un portamonedas de piel 8 rublos 50 y entregóselos a Eugenio Mikhailovitch. Luego, envolvió cuidadosamente el cupón y lo colocó en el portamonedas.

Después de dar las gracias al caballero, Ivan Mironoff guió hacia una taberna el trineo vacío, fustigando a su helado penco, no ya con la tralla, sino con el mango del látigo.

En la taberna, Ivan Mironoff pidió aguardiente y té por valor de 8 kopecks, y calentándose, y aun llegando a sudar, contento, se puso a hablar con un portero sentado a la misma mesa. Charló largo rato con él, contándole toda su vida. Dijo que era de la aldea de Vassilievskoié, a doce verstas de la ciudad; que estaba separado del padre y de los hermanos, y vivía a la sazón con su mujer y sus hijos, el mayor de los cuales acudía aún a la escuela, de modo que no era para él una ayuda. Manifestó que iba a hospedarse en un albergue y que, al día siguiente, iría a la feria de caballos para vender su rocín y ver si podía comprar otro; dijo que sólo le faltaba un rublo para tener 25, y que la mitad de su capital la constituía un cupón. Sacó el cupón y lo enseñó al portero. Éste no sabía leer; pero aseguró que, a las veces, había cambiado semejantes papeles para los inquilinos; que

los había buenos; pero que también había falsos. En consecuencia, y para mayor seguridad, le aconsejó que lo cambiase en la misma taberna.

Ivan Mironoff lo entregó al mozo, pidiéndole cambio. Mas el mozo no lo trajo, y en su lugar se acercó el amo, hombre calvo, de faz reluciente, que traía el cupón en su gruesa mano.

—Este dinero no es bueno,—dijo enseñando el cupón, sin devolverlo.

—Es bueno. Me lo ha dado un caballero.

—Te digo que no es bueno. Es falso.

—Pues bien, si es falso, dámelo.

—No, querido. El hermano necesita una lección... Tú has falsificado esto, con algunos bribones.

—¡Dame el dinero!... ¿Qué derecho tienes?

—¡Sidor! Llama a un agente—dijo el tabernero al mozo.

Ivan Mironoff había bebido algo, y cuando estaba bebido no tenía paciencia. Asió por el cuello al tabernero, gritando:

—¡Dámelo! Iré a casa de ese señor. Sé en donde vive.

El tabernero se soltó; pero tenía estropeada la camisa.

—¡Ahl! ¡Conque sí! Tómalo.

El camarero cogió a Ivan Mironoff, y, en el mismo instante, apareció el agente

de policía. Después de escuchar como un jefe la exposición de los hechos, el agente resolvió al momento el asunto:

—¡A la prevención!

Guardó el agente el cupón en el portamonedas y se llevó a la prevención a Ivan Mironoff y el trineo.

VII

Ivan Mironoff pasó la noche en la prevención, en compañía de borrachos y ladrones. Eran próximamente las doce del mediodía cuando lo llamaron ante el comisario de policía. Éste le interrogó y lo envió, escoltado por un agente, a la tienda de artículos para fotografía. Ivan Mironoff recordaba la calle y la casa.

Cuando el agente, después de llamar al dueño de la tienda, le enseñó el cupón, y cuando Ivan Mironoff aseguró que dicho dueño era el mismo que se lo había dado, Eugenio Mikhailovitch pareció extrañarse al principio y luego ponerse serio.

—¡Cómo! ¡Estás loco!... Es la primera vez que veo a este hombre.

—Caballero, eso es pecado... Todos hemos de morir...—decía Ivan Mironoff.

—¿Qué le pasa? Probablemente lo habrás soñado... Habrás vendido a otro... —argüía de nuevo Eugenio Mikhailovitch.—Además, esperen ustedes, voy a preguntar a mi mujer si compró ayer leña.

Eugenio Mikhailovitch salió y llamó al punto al portero, muchacho elegante, muy robusto y diestro, llamado Vassili. Recomendóle que, si le preguntaren en donde había comprado leña la última vez, respondiese que fué en el depósito, y que, en general, nunca compraban leña a los aldeanos.

—Ahí hay un lugareno que dice que yo le he dado un cupón falso. Parece alelado, y ¡sabe Dios lo que dice!; pero tú, que eres un mozo listo, di que no compramos leña más que en el depósito. Después de todo, tiempo ha ya que quería darte dinero para que te compres una chaqueta,—añadió Eugenio Mikhailovitch. Y dió cinco rublos al portero.

Vassili cogió esa cantidad, miró el papel y el rostro de Eugenio Mikhailovitch, y luego sonrió, sacudiendo la cabellera.

—Es cosa sabida... Son gentes necias... la ignorancia... Descuide usted, sé lo que debo decir.

Por más que Ivan Mironoff rogaba y suplicaba, con lágrimas en los ojos, a Eugenio Mikhailovitch, que reconociera

el cupón, él y el portero sostenían que nunca compraban leña a los campesinos.

El agente condujo otra vez a la prevención a Ivan Mironoff, acusado de falsificación de un cupón. Allí estuvo hasta que, aconsejado por un escriba, un borracho detenido con él, dió cinco rublos al comisario de policía. Entonces pudo Ivan Mironoff salir de la prevención, sin el cupon, y con siete rublos, en vez de los veinticinco que poseía la víspera. De esos siete rublos, Ivan gastó tres en beber, y llegó a su casa con el rostro descompuesto, borracho perdido. Su mujer estaba en los últimos días de embarazo y enferma. Empezó a insultar al marido, éste le dió un empujón; ella le pegó. Sin contestar a los golpes Mironoff acostóse en el suelo y prorrumpió en sollozos.

Al día siguiente la mujer comprendió de qué se trataba, pues tenía confianza en su marido; y durante largo rato estuvo profiriendo insultos dedicados al señor que había engañado a su Ivan.

Pasada la embriaguez, acordóse Ivan de que un obrero con quien bebió la víspera, habíale aconsejado quejarse a un abogado, y decidió hacerlo así.

VIII

El abogado se encargó del asunto, no por el provecho que pudiera reportarle, sino porque creyó a Ivan y le parecía escandalosa la forma en que habían engañado al lugareño.

Comparecieron ambas partes ante el juez. Era testigo Vassili, el portero. En el juicio, repitióse la misma escena. Ivan Mironoff invocaba a Dios y recordaba que todos hemos de morir. Eugenio Mikhailovitch, aunque atormentado por la conciencia de su mala acción y de las consecuencias que de ella pudieren resultar, no podía ya variar de declaración, y, en apariencia tranquilo, continuó negándolo todo.

El portero Vassili había recibido diez rublos más, y confirmó risueño y con aplomo que jamás había visto a Ivan Mironoff. Y a pesar del temor que en el fondo del alma sentía, al hacerle prestar juramento, repitió con aspecto tranquilo, ante el anciano sacerdote, la fórmula del juramento y juró sobre la cruz y los Santos Evangelios, decir toda la verdad.

El proceso terminó del modo siguiente.

te: el juez denegó la querrela de Ivan Mironoff y le condenó a cinco rublos de costas, de que le eximió generosamente Eugenio Mikhailovitch. Antes de marcharse Ivan Mironoff, echóle el juez una reprimenda, aconsejándole que en lo sucesivo fuera más prudente, que no acusase a la ligera a gentes respetables y que agradeciera que le hubieran dispensado de las costas y no le procesasen por calumnia, lo cual le valdría tres meses de prisión.

—Se lo agradezco—dijo Ivan Mironoff, y salió del juzgado municipal, moviendo la cabeza y suspirando.

Todo parecía haber concluído bien para Eugenio Mikhailovitch y Vassili. Pero no hacía más que parecerlo. Sucedió una cosa que nadie podía ver; pero que era mucho más importante de lo que aparentaba ser.

Hacía ya dos años que Vassili había salido de su pueblo y habitaba en la ciudad. Cada año iba enviando menos dinero a su familia, y no mandaba venir a su mujer porque no la necesitaba. Allí, en la ciudad, tenía cuantas mujeres quería, y más bellas que la suya. Con el tiempo, Vassili iba olvidando más y más los usos y costumbres de la aldea y se acostumbraba a la vida urbana. En aquélla, todo era tosco, deslucido, pobre, sucio. En la ciudad, todo refinado,

bueno, limpio, ordenado, rico. Y persuadíase cada vez más de que las gentes del campo viven sin pensar, como animales salvajes, y que sólo en la ciudad hay verdaderos hombres. Leía buenos autores, novelas; acudía a las funciones de la Casa del Pueblo. En la aldea, eso no podía verse ni aun en sueños. Allí decían los viejos: Vive con tu mujer; trabaja; sé sobrio; no seas vanidoso; aquí, los hombres inteligentes, sabios, que conocían las verdaderas leyes, vivían todos para divertirse. Y todo andaba bien.

Antes de la aventura del cupón, no creía Vassili que los amos careciesen de ley moral. Pero, después de dicha aventura, y sobre todo después del juramento falso, que, a pesar de sus temores, no le atrajo castigo alguno, antes bien le valió diez rublos, adquirió la profunda convicción de que no existe ninguna ley y de que cada cual debe vivir a su gusto. Y así vivió. Primeramente, sisó en las compras de sus inquilinos; mas esto era poco para sus gastos, y entonces empezó a sustraer dinero y objetos de valor de las habitaciones de los vecinos. Un día robó la bolsa a Eugenio Mikhailovitch. Este le cogió infraganti; pero no le denunció, limitándose a despedirlo.

Vassili no quiso volver a la aldea;

quedóse con su amante en Moscou y buscó colocación. Halló una, no muy buena, de portero en una abacería. La aceptó Vassili; y al día siguiente sorprendiéronle robando sacos. El amo no le denunció; pero lo apaleó y despachó.

Tras esto, no volvió a encontrar empleo. El dinero se acababa. Tuvo que empeñar sus vestidos; gastó lo que por ellos le dieron y, al fin, quedóse sólo con una chaqueta rota y pantalón y zapatillas de fieltro. Le abandonó su coima; mas no por eso perdió Vassili el buen humor; y, llegada la primavera, marchó a pie a su pueblo.

IX

Piotr Nikolaievitch Sventitzky, hombre bajito y barrigudo, que llevaba lentes ahumados (padecía de la vista y amenazábale una ceguera total), se levantó, según su costumbre, antes del alba, y después de tomar un vaso de té y ponerse una pelliza con cuello y adornos de astracán, fuese a sus ocupaciones.

Piotr Nikolaievitch había sido empleado de aduanas, cargo en cuyo desempeño ahorró 18,000 rublos. Doce años

antes, vióse obligado a dimitir y compró una pequeña finca, propiedad de un joven que se había arruinado a puro de orgías. Piotr Nikolaievitch contrajo matrimonio siendo funcionario. Se había casado con una huérfana pobre, perteneciente a aristocrática familia, mujer alta, gruesa, bella; pero que no le dió hijos.

Piotr Nikolaievitch lucía en todo sus cualidades de hombre serio y perseverante. Sin conocer previamente cosa alguna de la explotación agrícola—era hijo de un caballero polaco,—dedicóse tan bien a ella, que, al cabo de quince años, la finca, arruinada en trescientas deciatinas, tornóse propiedad modelo. Todas las construcciones, desde su habitación hasta los cobertizos y el sobradillo que abrigaba la bomba de incendios eran sólidas, estaban bien arregladas, pintadas y cubiertas de hierro. Bajo el tinglado colocábanse ordenadamente los arados, gradas, carros y arneses, bien engrasados y lustrosos. Los caballos, más bien de corta alzada, y casi todos de su propia cría, estaban bien alimentados, eran vigorosos y casi todos iguales. En el cobertizo funcionaba la máquina para apalea el trigo. Había una troj especial para los forrajes; el estercolero escurría a una fosa enlosada. Las vacas, criadas igualmen-

te en la granja, no eran grandes, pero daban mucha leche. Había también un gran corral con gallinas de una especie muy productiva. La huerta estaba admirablemente cuidada. Por todas partes veíase solidez, limpieza y orden. Piotr Nikolaievitch se regocijaba al mirar su granja y enorgullecíase de haber conseguido todo aquello sin oprimir a los campesinos, antes al contrario, mostrando estricta equidad para la población. Hasta los aristócratas le consideraban más bien como liberal que como conservador, y tomaba la defensa del pueblo contra los partidarios del régimen de servilismo: «Sé bueno con ellos, y ellos serán buenos». Verdad es que no perdonaba fácilmente las faltas de los obreros; a veces, estimulábalos él mismo, era exigente respecto del trabajo; pero, en desquite, el alojamiento y la alimentación eran siempre irreprochables; pagaba puntualmente el salario, y los días de fiesta distribuía aguardiente.

Andando cautelosamente por la derretida nieve—corría el mes de febrero,—encaminábase Piotr Nikolaievitch a la izba en donde se alojaban los obreros, cerca de las cuadras. Estaba aún bastante oscuro, más que nada por causa de la niebla; pero por las ventanas de la izba de los obreros veíase

luz en lo interior. Los jornaleros estaban levantados. Piotr pensaba darles prisa; aquellos tenían que ir a buscar leña al bosque, con seis caballos.

—¿Qué sucede?—pensó, al ver abierta la puerta de la cuadra.

—¡Eh! ¿Quién está ahí?

Nadie respondió. Piotr Nikolaievitch entró en la cuadra.—¡Eh! ¿Quién hay aquí?—Tampoco obtuvo contestación. Estaba oscuro: bajo los pies se notaba humedad, y aquello olfa a estiércol. A derecha de la puerta, en una división debía haber un par de potros. Alargó Piotr Nikolaievitch la mano. Dicha división estaba vacía. Intentó tocar con el pie. «Quizá estén acostados». El pie no tropezó con nada. «¿En dónde los habrán puesto?—pensó.—Porque aun no han enganchado; todos los trineos están todavía afuera.»

Piotr Nikolaievitch salió de la cuadra y llamó en voz alta: «¡Eh! ¡Stepan!»

Stepan era el capataz. Casualmente salía de la izba.

—¡Aquí estoy!—respondió alegremente.—¿Es usted, Piotr Nikolaievitch? Los compañeros vienen al momento.

—¿Qué pasa aquí?... La cuadra está abierta.

—¿La cuadra?... No comprendo... ¡Prochka! ¡Trae el farol!

Acudió Prochka con el farol. Penetra-

ron en la cuadra. Stepan comprendió en el acto.

—¡Aquí ha habido ladrones, Piotr Nikolaievitch! ¡Han arrancado el candado!...

—¡Mientes!

—Han venido bandidos... Machka no está ya aquí, ni el Gavilán... Sí, el Gavilán está... Pero no Piostry ni el Guapo...

Faltaban tres caballos. Nada dijo Piotr Nikolaievitch, frunció las cejas y respiró pesadamente.

—¡Ah! ¡Si cae bajo mis manos!... ¿Quién estaba de guardia?

—Petka... Se habrá dormido...

Piotr Nikolaievitch denunció el hecho a la policía, como también al jefe del distrito. Envió a sus campesinos a indagar por todas partes. Los caballos no volvieron a aparecer.

—¡Qué malos bichos! — exclamaba Piotr Nikolaievitch. — ¡Qué me han hecho! ¡Y sin embargo, yo era bastante bueno para ellos!... ¡Aguardad, bribones!... ¡Todos sois unos bribones!... ¡En adelante me portaré de otro modo con vosotros!

X

Los caballos, los tres caballos robados, habían tenido su destino: Machka fué vendido por 18 rublos a unos bohemios; Piostri fué trocado por otro caballo, a un aldeano que vivía a cuarenta verstas de allí. En cuanto al Guapo lo reventaron de tal modo que hubo que matarlo y vender su piel por tres rublos.

El organizador de la correría era Ivan Mironoff. Este había servido en casa de Piotr Nikolaievitch y conocía todas sus costumbres. Decidido a recuperar su dinero fraguó esa algarada.

Desde el incidente del cupón falso, Ivan Mironoff se dió a la bebida, y hubiera vendido cuanto había en su casa, si su mujer no le hubiese escondido las ropas y cuanto pudiese venderse.

Siempre que se embriagaba, Ivan Mironoff pensaba, no sólo en el hombre que le había engañado, sino también en todos los señores que no viven más que robando al pueblo sencillo. Una vez que se había detenido a beber con unos rústicos de las cercanías de Podolsk, éstos, que estaban beodos, contá-

ronle que habían robado caballos a un aldeano. Ivan Mironoff los insultó por tal hecho.—«Eso es pecado—decía.—El caballo es para el campesino como un hermano. Y tú le privas de todo. De robar, debe robarse a los amos; no merecen otra cosa los perros».

Continuó la conversación, y los aldeanos de Podolsk objetaron que era difícil robar caballos a los propietarios, porque para ello hay que conocer todas las salidas, y si no se tiene a nadie en la plaza, nada puede hacerse. Entonces se acordó Ivan Mironoff de Sventitzki, en cuya casa trabajó cierto tiempo. Recordó que Sventitzki le había descontado un rublo cincuenta por un objeto roto. Se acordó asimismo de los caballos que empleaba en las labores.

So pretexto de entrar a su servicio, pero, en realidad para verlo todo y aprender lo que necesitaba saber, fué Ivan Mironoff a casa de Sventitzki. Enterado de cuanto le interesaba, es decir de que no había guarda y que los caballos permanecían en la cuadra, llevó los ladrones y arregló el asunto.

Después de haber compartido el botín con los aldeanos de Podolsk, Ivan Mironoff volvió a su casa con cinco rublos en el bolsillo. Allí nada tenía que hacer; ya no poseía caballo; y desde

ese momento, Ivan Mironoff entró en relaciones con ladrones de caballos y con bohémios.

XI

Piotr Nikolaievitch Sventitzki hacía todo lo posible por descubrir al ladrón. El robo no había podido efectuarse sin la complicidad de alguno de la casa. Así es que comenzó a sospechar de su personal e interrogó a los criados, para saber quien había dormido fuera aquella noche. Averiguó que Prochka Nikolaieff no estuvo en la casa. Prochka era un mozo recién licenciado del ejército, un soldado bueno y hábil a quien Piotr Nikolaievitch había tomado para cochero.

El inspector de policía era amigo de Piotr Nikolaievitch, y éste conocía también al jefe de policía del distrito, al mariscal de la nobleza y al juez de instrucción. Todos estos personajes le visitaban el día de su santo y conocían bien sus buenos licores y sus setas escabechadas. Todos ellos se interesaban por su asunto y procuraban ayudarle.

—Usted defiende a los campesinos, y ahí está la cosa—decía el inspector de

policía.—Créame: son peores que animales. Sin látigo y palo nada puede sacarse de ellos... Conque dice usted que Prochka... ¿El que empleó usted como cochero?

—Sí, el mismo.

—Mande que le llamen.

Llamaron a Prochka, y empezó su interrogatorio:

—¿En dónde estabas?

Prochka sacudió los cabellos, y a sus ojos asomó una llama.

—En casa.

—¡Cómo que en casa! Todos los criados dicen que pernoctaste fuera.

—Como usted quiera.

—Es que no se trata de querer. Vamos, ¿en dónde estabas?

—En casa.

—Está bien. ¡Agentel! Llévalo a la prevención.

—Como usted guste.

Prochka no declaró adónde estaba, porque había pasado la noche en casa de su amiga Parasha, la cual le hizo prometer que no la traicionaría. Y no le hizo traición. Como no había pruebas, diéronle libertad. Pero Piotr Nikolaievitch quedó convencido de que todo fué obra suya, y sintió odio hacia él.

Siguiendo su costumbre, Prochka compró en la posada dos medidas de avena; dió medida y media a los caba-

llos, vendió la otra media y gastóse el dinero en beber.

Enterado de esto, Piotr Nikolaievitch denunció el hecho al juez municipal.

El juez condenó a Prochka a tres meses de prisión. Prochka era vanidoso. Crefase superior a los demás y estaba satisfecho de su persona. La cárcel le humilló. Ya no podía enorgullecerse ante la gente, y se desinteresó de todo. Al salir Prochka de la prisión, volvió a su casa, más irritado contra todos que contra Piotr Nikolaievitch.

Según de público se decía, Prochka, al terminar su encarcelamiento, se abandonó, tornóse perezoso y se entregó a la bebida: al fin, poco después, cogieronle robando ropa en casa de una mujer. Y fué encarcelado de nuevo.

En cuanto a los caballos de Piotr Nikolaievitch, éste sólo llegó a saber que había sido descubierta la piel del castro; y la impunidad de los culpables molestábale cada vez más. Ya no podía ver, sin encolerizarse, a los campesinos ni siquiera podía oír hablar de ellos; y siempre que tenía ocasión de perjudicarlos, no la desperdiciaba.

XII

Eugenio Mikhailovitch había dejado de pensar en el cupón en cuanto se hubo desprendido de él. Pero su esposa, María Vassilievna, no se perdonaba el haberse dejado engañar de aquel modo, como tampoco perdonaba a su marido las crueles palabras que éste le dijera, ni a los dos jóvenes el haberla engañado de aquella manera. A partir del día en que la regañó su esposo, miraba atentamente a todos los estudiantes. Una vez encontró a Makhine; mas no le reconoció, porque, al verla, el muchacho hizo tal mueca que su rostro varió por completo. Pero, a las dos semanas del acontecimiento, hallóse frente a frente con Mitia Smokovnikoff, en una acera. La mujer le conoció al momento y dejó que pasara. Luego, retrocediendo en su camino, siguió paso a paso al mozo. Así llegó hasta el domicilio del estudiante y supo quien era éste.

Al día siguiente presentóse ella en el liceo y encontró en el vestíbulo al capellán, Mikhail Wedensky, el cual le preguntó qué deseaba. Ella contestó que quería ver al provisor.

—No está el provisor. Se halla enfermo. Acaso pueda yo servir a usted, transmitiéndole lo que se le ofrezca.

María Vassilievna decidió contarle todo al capellán. Éste era hombre muy ambicioso, viudo. El año anterior vió en una sociedad a Smokovnikoff padre y entabló con él una conversación acerca de la Religión. Smokovnikoff le había derrotado en todos los puntos, divirtiéndolo a la reunión a expensas del capellán. Wedensky resolvió entonces vigilar al hijo de modo muy particular, y hallando en él la misma indiferencia religiosa que en su incrédulo padre, empezó perseguirle y hasta le dió mala nota en el examen.

Al saber por María Vassilievna la acción del joven Smokovnikoff, no pudo Wedensky por menos de quedar satisfecho. Halló confirmada en ese caso su convicción de la inmoralidad de los hombres privados de la dirección de la Iglesia. Decidió aprovechar tal circunstancia para demostrar el peligro que corren cuantos se apartan de la Iglesia, de lo que él mismo quería convencerse. Pero, en el fondo de su alma, alegrábase vengarse del orgulloso ateo.

—Sí... triste es, muy triste—decía el padre Mikhail Wedensky, acariciando con la mano la cruz que pendía de su pecho. —Me alegro mucho de que sea a

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

34886

mi a quien haya confiado usted esto. En mi calidad de siervo de la Iglesia, velaré para no dejar sin reprimendas al joven, procurando, al mismo tiempo, suavizar todo lo posible el castigo...

«Sí, procederé como corresponde a mi ministerio», decía para sí el padre Mikhail, creyendo haber olvidado del todo la hostilidad de Smokovnikoff para con él, y persuadido de no tener más objeto que el bien y la salvación del joven.

El día siguiente, durante el curso de instrucción religiosa, el padre Mikhail contó a los alumnos toda la aventura del cupón falso y les dijo que el culpable era un estudiante del liceo.

—Es una acción mala, vergonzosa— les dijo.—Pero aun es peor el disimulo. Si es cierto que el culpable es uno de vosotros, más le vale arrepentirse que ocultar su falta.

Al pronunciar esas palabras, el padre Mikhail miraba insistentemente a Mitia Smokovnikoff. Los estudiantes siguiendo la mirada del sacerdote, volviéronse también hacia Smokovnikoff. Mitia se puso colorado, empezó a sudar y, al fin, prorrumpió en llanto y salió de la clase.

Sabedora de esto, la madre de Mitia indujo al hijo a confesárselo todo, e, inmediatamente, corrió a la tienda de objetos para fotografía. Pagó a la dueña los doce rublos cincuenta, e hizo que

ésta le prometiera guardar secreto el nombre del estudiante. Luego encargó a su hijo que negara todo y que no se lo confesase a su padre en ningún caso.

En efecto, al enterarse Fedor Mikhailovitch de lo sucedido en el liceo, y cuando su hijo, llamado por él, lo negó todo, aquel fué a ver al provisor, le contó cuanto había pasado, declaró que era incalificable el proceder del capellán y que la cosa no quedaría así. El provisor mandó llamar al sacerdote, y entre éste y Fedor Mikhailovitch hubo una violentísima explicación.

—Una mujer estúpida ha calumniado a mi hijo; además, ella misma ha retirado en seguida lo que dijo; ¡y usted no ha hallado cosa mejor que calumniar a un muchacho honrado y sincero!...

—No lo he calumniado, y no permito a usted que hable de ese modo... Se olvida usted del traje que llevo...

—¡Poco me importa su traje!

—Toda la ciudad conoce sus ideas subversivas...—dijo el sacerdote, cuya barba, al temblar, agitaba la perilla.

—¡Señores!... ¡Padre!... —exclamaba el provisor, intentando calmarlos; pero no consiguió hacerles entrar en razón.

—Mi ministerio me impone el deber de velar por la educación religiosa y moral...

—¡Basta de mentiras! ¡Acaso no sé yo

que usted no cree ni en Dios ni en el demonio!

—Considero indigno de mí hablar con un hombre como usted...—repuso el padre Mikhail, ofendido por la última reflexión de Smokovnikoff y, sobre todo, porque era exacta. El capellán había terminado los estudios de facultad de teología, y no creía en nada de lo que enseñaba y confesaba. Sólo creía una cosa: que los hombres deben afanarse por creer lo que él mismo se esforzaba en hacerles creer.

A Smokovnikoff, más que la acción del capellán, irritábale el ver en ella una prueba palpable de la influencia clerical que comienza a desarrollarse entre nosotros. Y contaba la cosa a todo el mundo.

En cuanto al padre Wedenski, ante las manifestaciones del ateísmo y del nihilismo, no sólo de la generación joven, sino también de la vieja, conveníase más y más de la necesidad de luchar contra esto. Cuanto más censuraba la impiedad de Smokovnikoff y de sus semejantes, tanto más persuadido estaba de la verdad y solidez de su religión, y tanta menor necesidad sentía de comprobarla y ponerla de acuerdo con su vida. Su religión—reconocida por cuantos le rodeaban—era para él la principal arma de lucha contra sus enemigos.

Estos pensamientos, provocados por su altercado con Smokovnikoff, unidos a los disgustos administrativos que de él le resultarían, es decir observaciones y censuras de sus jefes, indujéronle a tomar una determinación en la cual pensaba hacía tiempo, especialmente desde la muerte de su mujer. Resolvió hacerse monje y elegir el camino seguido por algunos de sus discípulos de facultad, uno de los cuales era ya arzobispo y otro arcipreste, en expectación del primer obispado vacante.

Al concluir el año escolar, Wedenski dejó el liceo, hizo monje con el nombre de Missail, y no tardó en ser nombrado rector de un seminario, en una ciudad del Volga.

XIII

En dirección del Mediodía, iba por la carretera real, el portero Vassili. De día caminaba; y de noche, el agente de policía local le entregaba una boleta de alojamiento. En todas partes le daban pan y, a las veces, invitábanle a sentarse a la mesa para cenar.

En un pueblo del gobierno de Orel, en donde pernoctaba, enteróse de que

un comerciante había arrendado una huerta a un propietario y buscaba hombres para guardarla. Vassili estaba harto de mendigar y no quería volver a su casa. Fué a ver al jardinero y se contrató como guarda por cinco rublos mensuales.

La vida en la choza agradaba mucho a Vassili, sobre todo cuando empezaba a madurar la fruta y cuando, del hórreo del amo, llevaban para los guardas grandes brazadas de paja nueva.

Pasaba todo el día tumbado en la paja fresca y perfumada, junto a montones de manzanas de estío e invierno, aun más aromáticas que la paja; y al tiempo que silbaba y cantaba, miraba si los chicuelos cogían las frutas. En cuanto a canciones, era Vassili un maestro. Tenía buena voz. Mujeres y mozas venían del campo a buscar manzanas. Vassili bromeaba con ellas. A las que le agradaban, dábales más o menos manzanas a cambio de huevos y kopecks, luego, se acostaba. Sólo se levantaba para desayunar, comer o cenar. No poseía más que una camisa, de indiana color de rosa, y toda agujereada. Iba completamente descalzo; pero tenía cuerpo robusto, sano; y cuando sacaban del fuego el puchero de kacha, Vassili comía por tres, lo que causaba admiración al guarda viejo. De noche, Vassili

no dormía; silbaba o profería gritos agudos; y veía a gran distancia en la obscuridad como los gatos.

Cierto día, vinieron del pueblo unos muchachos a robar manzanas. Vassili se acercó cautelosamente y echóse sobre ellos. Éstos intentaron derribarlo; pero él venció: todos huyeron, excepto uno, que fué por Vassili detenido, conducido a la choza y entregado luego al amo.

La primera choza que tuvo Vassili, estaba en el jardín, más lejos; la segunda, cuando recogieron las peras, se hallaba a cuarenta pasos de la casa del amo. En esta choza Vassili estaba aún más contento. Todo el día contemplaba cómo se divertían los caballeros y las señoritas, cómo paseaban tarde y noche, cómo tocaban el piano, el violín, cantaban y bailaban. Veía cómo galanteaban las señoritas con los estudiantes, sentadas en los salientes de las ventanas, e iban luego a pasear por parejas en las sombrías alamedas de tilos, en donde la luz de la luna sólo penetraba por claros y rendijas.

Veía a los criados correr con viandas y bebidas, todos: cocineros, intendente, lavanderas, jardineras, cocheros, todos trabajaban únicamente para alimentar, para servir a los amos y facilitar su esparcimiento.

A veces iban a su choza los hijos del amo; Vassili les escogía las mejores manzanas, coloradas, jugosas; y las señoritas, al morderlas a dos carrillos, decían que eran buenas y añadían alguna observación. Vassili comprendía que hablaban de él en francés, tras lo cual le pedían que cantase.

Y él admiraba esa vida, recordando la que llevaba en Moscou; y cada vez le bullía más en la cabeza la idea de que todo emana del dinero. Vassili se preguntaba con más y más frecuencia cómo se arreglaría para poseer de un golpe la mayor cantidad posible de dinero. Empezó a recordar cómo aprovechaba antes las ocasiones, y decidió que no había que proceder así como en otro tiempo, apoderándose de lo que estuviera mal guardado, sino que era menester combinar todo de antemano, enterarse y obrar pronto, sin dejar huella alguna.

Allá por Navidad, recogieron las últimas manzanas. El amo realizó pingüe beneficio, recompensó a los guardas, entre ellos a Vassili, y los despidió. Vassili se vistió con una chaqueta y un sombrero que le había dado el señorito, y no fué a su casa. Repugnábale pensar en la ruda vida de los labriegos, y volvió a la ciudad en compañía de los soldados que habían guardado con él la

huerta y que se embriagaban. En la ciudad, y llegada la noche, decidió fracturar y saquear el almacén del comerciante a cuyo servicio había trabajado ya, y el cual le había apaleado y despedido sin pagarle. Vassili conocía todas las salidas y sabía donde estaba el dinero. Efectuó el robo primorosamente; no dejó la menor huella. Vassili se apoderó de trescientos setenta rublos; dió cien a su compañero, y con el resto fué a otra ciudad y se divirtió con amigos y mujerzuelas.

Dos agentes de policía le vigilaban, y ya le quedaba muy poco dinero cuando lo detuvieron y encarcelaron.

XIV

A partir de aquella época, Ivan Miro-noff fué un ladrón de caballos muy dugo y audaz. Su mujer, Afimia, que antes le insultaba por su incapacidad, estaba ya contenta y orgullosa de su marido, que tenía un abrigo de piel de carnero, al tiempo que ella poseía uno de pieles corto y otro largo y nuevo.

En el pueblo y sus cercanías, todos sabían que no se perpetraba un solo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

robo de caballos en que no tomase parte Ivan; mas nadie se atrevía a denunciarlo, y cuando, por ventura, recaían sospechas en él, Mironoff sabía salir de ellas inocente y puro. Su último robo fué el de Kolotóvka. Si le era posible, Ivan Mironoff elegía su víctima, y robaba con preferencia a propietarios y comerciantes. Pero robar a comerciantes y propietarios era difícil, y cuando no lo conseguía, desquitábase con los campesinos. Así fué como, una noche, robó al azar dos caballos que pastaban en Kolotovka. No dió el golpe en persona, sino que se lo encargó a Guerassimo, ladrón habilísimo. Los aldeanos no se enteraron del robo hasta el amanecer, y al punto salieron a indagar por las carreteras, en tanto que los caballos se hallaban en la zanja de una selva perteneciente al Estado. Proponíase Ivan Mironoff guardarlos allí hasta la próxima noche, y huir luego con ellos a casa de un portero conocido de él y que habitaba a cien verstas de allí. Ivan Mironoff fué a la selva para llevar a Guerassimo galletas y aguardiente; y para regresar a su casa, tomó por una vereda en donde no esperaba hallar a nadie. Por desgracia para él, encontró al guarda, que era soldado.

—¿Vienes acaso de buscar setas?—le preguntó el soldado.

—Sí; pero no he encontrado ninguna —respondió Ivan Mironoff, enseñando la cesta que había llevado como pretexto.

—Sí, este verano escasean las setas —añadió el soldado. Permaneció un rato inmóvil, como reflexionando, y luego, se marchó.

Al guarda no le parecía aquello muy natural. Ivan Mironoff no tenía necesidad de ir tan de mañana a la selva del Estado. Volvió sobre sus pasos el soldado y empezó a registrar la selva. Cerca de una zanja oyó el resoplido de los caballos, y muy quedo, llegóse al sitio de donde salía el ruido. En la zanja estaba pisada la tierra, y veíanse a trechos cagajones de caballo. Un poco más allá, estaba sentado Guerassimo y comía algo. Los animales estaban atados a un árbol.

Corrió el guarda al pueblo para avisar al estarosta y al jefe de policía, y cogieron dos testigos. Acercáronse por tres sitios distintos al punto en donde estaba Guerassimo y lo detuvieron. Este no negó, y, como se hallaba ebrio, declaró inmediatamente todo. Contó que Ivan Mironoff le había dado de beber, induciéndole luego a cometer el robo, y que aquel mismo día debía de volver Ivan a la selva por los caballos.

Los aldeanos dejaron en la selva a Guerassimo y los caballos; organizaron después una emboscada y esperaron a Ivan Mironoff. Llegada la noche oyóse un silbido, al cual contestó Guerassimo. Así que Ivan hubo bajado el talud, arrojáronse sobre él y lo condujeron al pueblo.

Por la mañana, reunióse gran muchedumbre ante la cancillería del lugar. Llevaron allí a Ivan Mironoff y comenzó su interrogatorio. El primero que preguntó fué Stepan Pelaguschkine, aldeano alto y delgado, de largos brazos y nariz aguileña, que antes había sido escriba del pueblo. Stepan, hombre soltero, había cumplido el servicio militar. Habíase separado de su hermano, y apenas empezaba a salir de apuros, cuando le robaron un caballo. Tras dos años de trabajar en las minas, logró comprar otros dos caballos. Ivan Mironoff le robó los dos.

—¡Dí en donde están mis caballos!— exclamó Stepan, pálido de cólera, mirando sombríamente, ya el suelo, ya el rostro de Ivan Mironoff.

Este negó; entonces Stepan dióle un golpe en la cara, aplastándole la nariz, de la cual brotó sangre.

—¡Dilo o te mato!

Ivan Mironoff bajaba la cabeza y callaba.

Stepan pególe una vez más con su larga mano, y luego otra. Ivan Mironoff continuaba callado, inclinando la cabeza tan pronto a la derecha como a la izquierda.

—¡Pegadle todos!—exclamó el estarosta.

Y todos comenzaron a golpearle. Ivan Mironoff cayó, gritándoles:

—¡Bárbaros! ¡Malditos!... ¡Matadme, que no os temo!

Entonces cogió Stepan una de las piedras que estaban preparadas para el caso, y de una pedrada le destrozó el cráneo.

XV

Juzgaron a los matadores de Ivan Mironoff, entre los cuales figuraba Stepan Pelaguschkine. Sobre éste pesaba más la acusación, porque todos los testigos estaban conformes en que él fué quien de una pedrada, abrió la cabeza a Mironoff. Stepan no ocultó nada a sus jueces. Explicó que cuando le robaron el último par de caballos, fué a declararlo a la policía, y que entonces hubiera sido fácil seguir la pista a los gitanos; pero que el comisario no quiso oírle ni re-

cibirlo y no ordenó investigación alguna.

—¿Qué podíamos hacer con semejante hombre? ¡Nos ha arruinado!

—¿Y por qué no le han pegado los demás, y sí usted solo?—le preguntó el fiscal.

—¡Eso no es cierto! Todos pegaban. Todo el pueblo había decidido darle muerte. Yo no hice más que rematarlo. ¿Para qué hacerle padecer sin necesidad?

Lo que sorprendía al juez, de Stepan, era la calma absoluta con que éste contaba cómo había aporreado a Ivan Mironoff y cómo le había muerto. Stepan no veía, en efecto, nada terrible en aquella muerte. Cuando estaba bajo las armas, le ocurrió formar parte de un piquete de ejecución y fusilar a un soldado, y entonces, lo mismo que en el homicidio de Ivan Mironoff, la cosa no le pareció nada terrible. Se le ha matado, y nada más. Hoy le ha llegado a él el turno; otro día me tocará a mí.

Stepan fué condenado a una pena leve: un año de prisión. Quitáronle el traje de aldeano, que colocaron bajo un número en el depósito de la cárcel, y obligáronle a vestir el capote y los pantalones de los presos. Nunca tuvo Stepan gran respeto a las autoridades; pero en aquel momento adqui-

rió la íntima convicción de que todas las autoridades, todos los señores, salvo el Czar, que es el único justo y se apiada del pueblo, no son sino bandidos que de la sangre del pueblo viven. Los relatos de los deportados y presidiarios con quienes conversaba en la cárcel, le confirmaban esa opinión. Uno, estaba condenado a presidio por haber denunciado la concusión de las autoridades; otro, por haber pegado a un jefe que había embargado injustamente los bienes de los campesinos; un tercero, por fabricar billetes falsos. Los señores y comerciantes podían hacer cualquier cosa, todo les estaba permitido; pero el labriego, el menestero, por la menor nimiedad estaba condenado a pudrirse en una cárcel.

Su mujer fué a verle varias veces a la prisión. No estando él, todo andaba mal, y para colmo, la arruinó enteramente un incendio, de manera que la mujer tuvo que salir a mendigar con sus hijos. Las desgracias de su familia aumentaron aún la irritación de Stepan. En la cárcel era malo con todos, y una vez estuvo a punto de matar a hachazos al cocinero. Por este motivo le prolongaron un año la condena. En el transcurso de ese año, supo el fallecimiento de su mujer, y la destrucción de su casa...